

La observación de las aves en Roma

Todos los pueblos reconocen la existencia de signos, naturales o extraordinarios, enviados por los dioses a los hombres para manifestarles sus voluntades, descubrirles el futuro, resolverles sus problemas y guiarlos. El conocimiento de los signos y presagios constituye un punto fundamental para el estudio de toda religión, en especial de toda religión antigua. El pueblo romano ocupa sin duda un lugar de primer orden entre los pueblos antiguos por la sistematización, desarrollo y aplicación de la ciencia augural¹. La religión romana, escrupulosa en todo lo referente a las cosas sagradas —*sacra*—, no lo fue menos con respecto a los signos —*signa*—, haciendo de ellos y de la ciencia augural la norma rectora de la propia conducta². El propio Cicerón no duda en afirmar que toda la religión romana se basa en los «auspicios» y en las «cosas sagradas»: *cum omnis populi Romani religio in sacra et in auspicia diuisa sit*³.

Como el tratamiento completo del tema de los *signa* nos ocuparía un espacio y un tiempo del que ahora carecemos, vamos a limitar la presente exposición al punto concreto y específico de la observación de las aves —los *auspicios* en sentido etimológico y estricto—, recogiendo, por una parte, los datos ya suficientemente conocidos y estudiados de la religión romana, y reuniendo, por otra, una serie de materiales de las religiones orientales, menos conocidos y utili-

1 Cf. G. Dumézil, *La religion romaine archaïque* (París 1966) 567.

2 Cf. G. Dumézil, *o. c.*, 125.

3 Cic., *De nat. deor.* III, 5.